

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et iustitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, Rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.

CÓRTESES.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. CONDE DE SAN LUIS.
Extracto de la sesión celebrada el día 18 de Marzo de 1868.

Se abrió á las dos y media con la lectura y aprobación del acta de la sesión anterior.

ORDEN DEL DIA.

Proyecto de ley de organización y competencia de Tribunales.

El Sr. FERNANDEZ ESPINO: Señores diputados, al ser presentados en esta legislatura por el Gobierno de S. M. varios proyectos que tienen por objeto el noble anhelo de asentar sobre bases firmes la instrucción, la moral, la propiedad, la seguridad del individuo, todo, en fin, cuanto contribuye al progreso social, y al ver la templanza con que se discuten por los señores diputados, no puedo menos de dirigir mis plácemes al Gobierno y á la Cámara.

Y esta templanza y este deseo del acierto son tanto más necesarios, porque de este modo resultan las leyes con prestigio, y la libertad política dá los frutos que de otra manera podrían dar en el orden moral y en el de la justicia: de aquí, señores, la necesidad de que estos proyectos se estudien y se mediten. No es el actual, por no ser político, de los que tienen el privilegio de excitar la animación de la Cámara; pero de su perfección depende el respeto á las principales garantías consignadas en la Constitución, y depende de que estén á cubierto la paz de las familias, la libertad, la honra y la vida de los ciudadanos. Sin justicia no hay sociedad. De aquí procede el interés con que en todos los pueblos se han procurado las reformas en esta materia.

El proyecto actual tiene por objeto la ejecución de dos leyes relativas á la organización y competencia de los tribunales del fuero común y al enjuiciamiento criminal; pero como esto habría de ocasionar grandes gastos, el señor ministro se propone llevar sólo adelante aquellas reformas que puedan realizarse con menores dispendios.

Lo primero que se propone es la unificación de fueros. Por esta ley quedará suprimido el de Hacienda, y no sé si quedarán cesantes los funcionarios públicos subalternos del mismo.

Me refiero á los escribanos, los cuales podrían ser agregados al fuero común en la parte que les corresponde. Cesará también el fuero de comercio, el de extranjería y el militar en los asuntos civiles. Pero esta reforma no es completa, y por eso siento que se suprima el fuero de comercio, que tantos beneficios ha producido y que no es un privilegio personal, sino real, que tiene su fundamento en la imposibilidad de que los jueces renuncien también conocimientos en esta materia de verdadera especialidad. No puede darse razón plausible para la conservación del fuero militar en los delitos comunes.

Todos los individuos de la sociedad tienen el mismo derecho á la protección. La diversidad de fueros supone privilegios odiosos, y las leyes deben evitarse. Pocos tendrán una idea más elevada que yo de la institución militar por los grandes servicios que ha prestado á la civilización de los pueblos. Conservo en hora buena el ejército su fuero en lo relativo á su organización; pero cuando un militar como individuo de la sociedad comete un delito común, á la sociedad con sus leyes y tribunales corresponde juzgarlo.

De continuar ese fuero acoete, señores, que el paisano que no ofende la institución militar, si delinque en unión de un soldado de los que gozan fuero atractivo, es sometido al Tribunal militar; al paso que si el militar no pertenece á cuerpo, con ese privilegio se divide la continuidad de la causa, y el juez civil conoce del proceso del paisano y el tribunal militar del soldado, y por un mismo delito resultarán penas diversas. Esto es absurdo, señores. ¡Qué justicia es esta que designa las condiciones de individuos de una misma nación! Pero hay más.

Hoy el recurso de casación sólo se aplica á los asuntos civiles. Luego que este proyecto sea ley, en unos casos el paisano complicado en una causa con un militar podrá usar de él, y en otros no. Y ya que de este recurso hablo, preguntaré á la comisión á qué opinión se inclina, si á que conozca el tribunal que dió lugar á la casación, devolviéndole los autos, ó á que se encomiende el asunto á un tercero ó al tribunal que declara la casación. Bueno es saberlo para meditar si habrá que dar una nueva organización al Tribunal Supremo por el mayor trabajo, aumentando el número de sus individuos.

En punto al juicio oral y público, si bien existen razones muy poderosas en contrario, conozco que le abona la necesidad de que la sustanciación sea rápida y pública para que haya ejemplaridad en la pena. Es cierto que los pueblos ignorantes han tenido el juicio oral; pero también lo tienen los pueblos más civilizados. Este juicio es casi innato en el espíritu humano.

El primero de los inconvenientes que los partidarios del juicio escrito encuentran en el oral, es la falta de hábito de nuestros jueces para los interrogatorios orales, que exige una perspicacia que sólo da la experiencia. Podría, pues, hacerse el ensayo de este juicio en el Tribunal correccional.

No ofrece menos inconvenientes el interrogatorio de los testigos, que delante del reo acaso no tienen valor bastante para decir la verdad y le favorezcan, temerosos de que aquel hombre el día que se vea libre se pueda vengar de ellos.

También podrán faltar á la verdad exagerando el testimonio en contra suya, para verse libres con la muerte de su venganza.

No son menores las dificultades materiales. Los testigos para declarar tienen que abandonar sus quehaceres por tres ó más días, según la distancia que se encuentren. Y si son braceros que viven de su jornal, ¿quién se lo abona? ¿Dónde están los recursos?

Admito desde luego los tribunales correccionales por la rapidez del juicio y por la publicidad de sus debates; los admito porque si un juez puede caer en tentación de cohecho, no es fácil que caiga un tribunal entero. Pero cómo han de estar formados los tribunales colegiados? ¿Estables en un punto y con sus jueces instructores, ó compuestos de los jueces de partido?

Lo primero es lo más perfecto, pero lo más costoso. Lo segundo ofrece dificultades, porque los jueces abandonarían sus juzgados, y el magistrado que debía presidirlos su Audiencia.

Y aquí, señores, diré algo respecto de nuestra defectuosa sustanciación civil. En los juicios de menor cuantía, toda persona de escasos recursos abandona de ordinario el asunto. Era preciso subir la cantidad en que pueden entender los jueces, y subir también la de que pueden conocer los jueces de paz en los juicios verbales.

En cuanto á la sustanciación criminal, como se halla envuelta en esos largos procedimientos, ellos quitan á la justicia toda su ejemplaridad. He visto un asunto no grave que duró en primera instancia nueve años; y á esta lentitud en los juicios se une la funesta facilidad de la prisión preventiva, tan ocasionada á injusticias en épocas de pasión política.

Bien sé que muchos jueces conservan inmaculada su toga; pero otros por gratitud, por interés ó por pasión han sacado á la justicia de su soto y la han convertido en elemento de persecución. Los alcaldes, los ayuntamientos, los empleados, por meros intereses electorales, cuando estorbaban, han sido sometidos á un proceso.

De manera que la libertad política ha comenzado muchas veces en nuestro país por arrebatar los derechos que debe conceder, cometiendo de nombre de la ley tamaños desafueros y haciéndose girones el augusto manto de la justicia. Mucho podría remediarse prohibiendo que pudiera formarse causa á ninguna persona por actos civiles sin que previamente el mismo juez siguiese un juicio civil, dictase la providencia y la consultase al tribunal del territorio. De esta manera, y encargando la instrucción de los procesos á los promotores, podrían remediarse los males que lamentamos.

Establecer la inamovilidad judicial sin ciertos requisitos y una verdadera responsabilidad, equivaldría á resucitar los antiguos señores de hacha y enchillo en los jueces poco escrupulosos en la ley. Si se exigen grandes fianzas y condiciones á los que manejan los fondos públicos, ¿cómo no exigirlos á los que tienen á su cuidado la honra, la libertad y la vida de los ciudadanos?

En el art. 3.º se dice que el Gobierno hará aquellas reformas que considere más urgentes. Unas se señalan y otras no; pero sea como quiera, tengo fe completa en el talento y rectitud del señor ministro de Gracia y Justicia, y por eso desde luego doy al proyecto mi aprobación.

El Sr. GUTIERREZ: Una buena ley de procedimientos y otra de organización de tribunales son requisitos indispensables á un buen sistema de justicia.

El Gobierno, presentando estas bases, y la comisión aceptándolas, no presentan problemas que no hayan sido ya resueltos. El señor ministro no ha hecho más que seguir las huellas que le dejaron trazados otros Gobiernos que intentaron reformas parecidas. Fortuna será la suya si logra lo que entonces no se pudo conseguir: á esto debemos concurrir todos, y en este punto doy gracias al Sr. Espino, que nos ha prestado el auxilio de sus luces.

Extrañaba el Sr. Espino que cuando se suprimen los tribunales de comercio se conserve la jurisdicción criminal militar, de la cual no se ha mostrado partidario. (El Sr. Fernandez Espino: En los delitos comunes.) Todos los Códigos, desde el romano, padre de todos, han observado un cuidado especial al hablar de los asuntos militares.

Lo mismo que la legislación romana las de todos los pueblos septentrionales eran en el fondo ordenanzas militares, y de ellas nació más tarde la legislación penal que ha mantenido siempre esa excepción. Siempre se ha empleado un criterio especial para juzgar los actos de los militares, y esta jurisdicción ha resistido á las mudanzas más grandes, sin desaparecer en Francia ni con el hecho niveladora de la república.

Si son severas las leyes militares, es porque los ejércitos necesitan esa severidad, y el fuero militar no es un privilegio, sino un derecho concedido en beneficio de la cosa pública.

La distinción hecha por el Sr. Espino en delitos militares y comunes es artificial. Ciertamente que la ordenanza castiga los delitos militares; pero aun los comunes cometidos por militares tienen mayor gravedad. Decía S. S. que mediante la atracción del fuero se habían visto fallos contrarios; que un mismo delito había sido castigado de distinta manera por el tribunal civil y por el militar. En las anteriores bases de 1863 se reservaba la jurisdicción criminal, pero ordinaria, con tendencia á la supresión de estos fueros. Este camino podría seguirse ahora; pero no es cierto que haya esa contradicción á que aludió S. S. de un militar condenado y de un paisano absuelto. Pueden dos personas cometer un delito y no ser culpables en el mismo grado.

Yo propendría á que se conservase la jurisdicción civil-militar, si se me probasen los inconvenientes que según algunos ha de traer el que se suprima este fuero; pero no puedo creerlo. Cuando se trate de los actos que son propios del procedimiento civil, los militares pueden hacerse representar ante esos tribunales donde quiera que se encuentren.

Signe en el examen del Sr. Espino la base que se refiere á la casación, y aquí no puedo seguir á su señoría. Preguntaba que quién iba á fallar en el fondo del asunto llevado por casación al tribunal que haya de resolverlo. Yo haré á mi vez otra pregunta á S. S. Si esto se resuelve en la base, ¿qué dejamos para la ley, que ha de elegir entre los tres sistemas el que le parezca mejor? Por el procedimiento de hoy el Consejo de Estado fallará respecto de las providencias del tribunal de Cuentas. El tribunal supremo entenderá en el fondo de los negocios civiles ventilados en las audiencias.

La base se limita á anunciar el principio, y por eso se usa la estudiada frase de «establecimiento progresivo de la casación en toda clase de juicios». De manera que el Gobierno no establece en absoluto el principio de la casación sin el correctivo «progresivo».

Habló luego S. S. del juicio oral. En la base la palabra oral va seguida de otra pública. La forma más indicada del procedimiento desde tiempo de los hebreos ha sido siempre la publicidad.

Luego se hizo secreto, juicio que revelaba ciencia, en oposición al público que revelaba el candor de los pueblos primitivos.

No desconozco las dificultades de este juicio; pero por temor á ellas no hemos de renunciar á una reforma que consideramos buena y que se ha planteado en otras patrias. Yo no puedo consentir, por honor de mi patria, que se diga que no se establece aquí el juicio oral porque los españoles no lo resisten.

Nuestro público no es ni puede ser nunca refractario á las reformas que se le proponen en nombre de la patria y de la ciencia. El interrogatorio se hará aquí de la misma manera que en otros pueblos no más nobles ni más valientes que el

nuestro, cuando se trata de ayudar á la acción de la justicia. Tampoco quiero contestar á lo del temor de los testigos. Ese será un sacrificio más que arrostraremos por amor á la justicia.

En cuanto á los gastos, este argumento nunca tiene fuerza, comparado con los recursos de una nación. Además que no se manda establecer desde luego el juicio oral, sino irlo preparando para su día.

No convengo con el Sr. Espino en que por vía de ensayo se emplee el procedimiento en los tribunales correccionales.

El Sr. Espino parece que tampoco admite la forma colegiada en los tribunales por las dificultades de la ejecución, y nos preguntaba si se iba á establecer con jueces de primera instancia ó con magistrados estables y en un sitio fijo. No es esta una base esencial de la ley. Al pueblo le será indiferente uno ú otro sistema. Lo que el pueblo tiene derecho á esperar, y el Gobierno la obligación de concederle, es la recta administración de la justicia; pero lo mismo puede estar para un tribunal unipersonal que para un tribunal colegiado; que unos y otros han tenido sus defensores y muchas veces han funcionado juntos.

El como deben establecerse estos tribunales cuando sea ocasión, no es de la base; pero bien sea que los jueces vengán á constituir tribunales especiales, bien que se reúnan de vez en cuando para juzgar, siempre se obtendrá un buen resultado para la administración de justicia, aunque haya que luchar con muchos inconvenientes.

Pero como motivo de esto ha dicho el Sr. Fernandez Espino cosas de mucha gravedad respecto á abusos cometidos por los jueces. No, señores, de que haya habido abusos alguna vez, que no lo niego rotundamente, no se puede deducir como regla general que los jueces hagan del procedimiento un arma de guerra al servicio de la política. Eso será una rara excepción, uno de esos lunares que tienen todas las cosas y no una regla general. Pero si fuera verdad, aun sería un argumento en favor y no en contra de la ley, porque esta tiende á hacer efectivos dos preceptos constitucionales que han de evitar este abuso: la inamovilidad y la responsabilidad judicial.

El Sr. FERNANDEZ ESPINO: Respecto al fuero militar en los delitos comunes, S. S. le atribuye á un origen en que la fuerza material lo dominaba todo completamente. Si S. S. se hubiera remontado más, habría visto que naciones anteriores muy civilizadas no lo conocían.

Dice S. S. que muchas veces un mismo delito se pena de diverso modo, y que esto no es absurdo como yo he supuesto. No he dicho eso; lo que he calificado de absurdo es que cuando existe el mismo delito y la misma criminalidad material y moral, la pena sea distinta.

En cuanto al juicio oral y público, creo que estamos conformes el Sr. Gutierrez y yo; yo he manifestado también que no deseaba el jurado; y en cuanto á los testigos, creo que hay mucha diferencia entre la declaración escrita y la que se presta delante del reo, que puede amenazar al que declara con su ademán ó hasta con la expresión de su fisonomía.

S. S. ha parecido indicar que yo no era favorable á los tribunales colegiados, y no es así: yo he defendido, por el contrario, esta clase de tribunales, si bien manifestando que encontraría algunos inconvenientes su realización, como los suelen tener casi todas las cosas humanas, aun las buenas.

De los jueces he dicho que la mayoría cumplía perfectamente con su deber; pero las excepciones que he marcado son verdaderas y todo el mundo lo conoce.

El Sr. DANVILA: ¿Satisfecho este proyecto las exigencias de la ciencia y de la expectación pública? Esto es lo que me propongo examinar, demostrando que es incompleto é insuficiente para formar una ley orgánica de tribunales.

El señor ministro de Gracia y Justicia dice en el preámbulo del proyecto de ley que el Gobierno presentará una ley completa de arreglo de tribunales, y para eso acompaña cuatro bases. Pues bien, cuando la comisión de Códigos había propuesto para el mismo objeto 36 bases y S. S. sólo trae cuatro, es claro que ó aquellas eran de mas, ó las que presenta S. S. son muchas menos de las que deben.

En la primera base dice el proyecto: «Señalamiento de requisitos y condiciones para el ingreso y ascenso en las carreras judiciales y fiscal».

¿Esto es una base? Según S. S. y según el señor Gutierrez, las bases consisten todo lo que deben consignar; pero ¿puede acaso deducirse el pensamiento del señor ministro de lo que dice en esta base? S. S. ha dicho no hace muchos días, en el real decreto de 13 de Diciembre de 1867, cuales son las condiciones para su ingreso, y la principal es la omnipotencia ministerial, porque es la única condición el haber desempeñado un par de años la abogacía.

Vá á oír el Congreso cuál es el concepto que merece á la comisión de Códigos el pensamiento del señor marqués de Roncali, y vá á oír cómo esa comisión proponía para el ingreso en las carreras judicial y fiscal otro medio muy distinto.

En sus motivos decía esa comisión:

«No se conseguirá tener jueces y magistrados con las altas dotes que exige su importante ministerio, si no se adopta toda clase de precauciones para evitar que la importunidad, la sorpresa ó el nepotismo invadan los puestos que la sociedad tiene interés en que se confíen á los más dignos, al mismo tiempo que lo reclama la justicia. Que los candidatos á cargos judiciales sepan que no es en las antaños ministeriales, ni en las relaciones con las personas influyentes, ni en los servicios que en el orden político prestan á determinadas parcialidades, donde han de obtener las plazas que desean; que tengan la seguridad de que sólo el talento, el estudio, la ciencia y las prendas morales son las que han de llevarlos desde los primeros puestos de la judicatura hasta las magistraturas superiores; así se abrirá un gran campo de nobles aspiraciones, y las medianías, respetando el mérito verdadero, no se atreverán á disputar lo que debe estar reservado á los más dignos.»

Y luego de sentar este principio, que ha dado buen resultado en otras instituciones, sigue diciendo:

«No sostiene, por lo tanto, la comisión el actual orden de cosas. Entre todos los sistemas de elección para la entrada en la judicatura, este es el menos aceptable. Aun suponiendo que los ministros pudieran sobreponerse siempre á los muchas exigencias de todas clases que los abrumaban cuando es absolutamente libre la elección, y aun suponiendo igualmente que tuvieran gran conocimiento de las personas, sería imposible que, á pesar de toda su diligencia, hicieran buenos nombramientos, y todavía más imposible aun que la elección recayera en los mejores. No suelen ser los que

más valen los que procuran hacerse conocer en las regiones oficiales en que se reparten los destinos; la ignorancia y la presunción penetran en ellos con más frecuencia que el mérito modesto.»

Tiene, pues, S. S. juzgado por la comisión de Códigos ese sistema, que es el que ha regido siempre en España, y que yo creo que debe concluir cuanto antes. El día en que hayamos abierto la puerta á la judicatura por la oposición, habremos hecho un señaladísimo servicio al país.

Base segunda: «Inamovilidad de los jueces, y limitaciones necesarias de esta cualidad».

Esta base nos deja en la misma perplejidad que la anterior; no hace más que consignar la inamovilidad judicial, y en cambio no señala cuales deben ser las limitaciones, esas limitaciones necesarias de que con tanta lucidez se ha ocupado la comisión de Códigos.

Tercera base: «Responsabilidad de los jueces y de los funcionarios del ministerio fiscal».

Otra indeterminación: esa responsabilidad en los jueces y magistrados la establece la Constitución, y en los fiscales el Código penal. ¿Hay acaso necesidad de reproducir preceptos constitucionales? No. Lo que se necesita es cumplirlos.

Base cuarta: «La jurisdicción del fuero común será ejercida por jueces, tribunales de primera instancia en lo civil, y á la vez de única instancia en lo correccional, reales Audiencias y un Tribunal Supremo».

Encuentro aquí, entre la base que propone S. S. y la de la comisión de Códigos, una diferencia importante. La base de esta decía: «Administrar la justicia dentro de los límites de su respectiva competencia: Primero, jueces de paz. Segundo, jueces de partido. Tercero, Tribunales correccionales. Cuarto, Audiencias. Quinto, un Tribunal Supremo».

En la base de S. S. no encuentro á los jueces de paz. ¿Cree S. S. que no debe haber jueces de paz? Sepámoslo claramente, porque ahí hay otra indeterminación. Tribunales de primera instancia en lo civil, y á la vez de única en lo correccional.

Ahora indica S. S. que los tribunales serán de primera instancia en lo civil y de única en lo correccional: ¿pues cómo vamos á tener esos tribunales? Si S. S. cree que no se pueden plantear, ¿por qué los pone en el proyecto?

He aquí, pues, las indeterminaciones que encuentro en las bases. Voy ahora á demostrar que son insuficientes. La comisión de Códigos presentó 36. ¿Es acaso que S. S. ha temido si las presentaba todas que fuera muy larga la discusión? ¿Cree S. S. que son innecesarias? Una de ellas era la incompatibilidad de los cargos judicial y fiscal con todos los demás públicos. ¿Es inútil esta base? No conviene separar esos ministerios del ponzoñoso aliento de la política? Pues esto es lo que quería la comisión de Códigos con la oposición y con la incompatibilidad.

Tampoco comprende S. S. en sus bases la extensión y límites de la jurisdicción ordinaria, número y categoría de las audiencias, facultades disciplinarias, casación forzosa en la pena de muerte, indultos, la responsabilidad civil y criminal y organización del ministerio fiscal.

Todo esto, en mi concepto, es esencial para una ley de Tribunales.

Comprendo, pues, que S. S. hubiera pedido, si temió que iba á faltar tiempo para aprobar la ley, un voto de confianza; pero suponer que esas cuatro bases bastan, no es aceptable de ninguna manera. (El señor ministro de Gracia y Justicia: ¿Y las Cortes constituyentes?) Las Cortes constituyentes sentaron muchas más bases, y la mayor parte de ellas son las mismas de la comisión de Códigos.

He concluido mis observaciones respecto á las bases del proyecto, y voy á entrar en otro género de consideraciones.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

Orden del día para mañana: el debate pendiente.

Se levanta la sesión. Eran las seis y cuatro.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

París, 18.

El folleto titulado «La dinastía Napoleónica», establece un igual origen á los dos imperios, y hace constar que las bases de la Constitución que es atacada por las oposiciones coaligadas, se han fijado, pero que se modifican por mejora progresiva. El folleto enumera después las medidas tomadas por el Emperador, las que prueban una marcha liberal seguida constantemente.

París, 18.

3 por 100 interior español, 32 3/8.

3 por 100 francés, 69,25.

4 1/2 idem, 99-50.

Londres, 19.

Consolidados, 93 1/8.

Liverpool, 17.

Han estallado serios desórdenes en la isla de Madera; no se han recibido detalles del motín.

Saint-Nazaire, 17.

Ha llegado el vapor «Impératrice Eugénie»; trae noticias de Méjico y de las Antillas; la insurrección del Yucatan ha sido completamente reprimida.

París, 18.

Mañana se publicará el anunciado folleto del Emperador Napoleon.

San Petersburgo, 17.

«El Correo Ruso» manifiesta su deseo de que se confirme la noticia del viaje á Rusia del Emperador Napoleon.

Florescia, 17.

El Senado se ha constituido en tribunal de justicia para juzgar el incidente Nicotera-Gualterio.

He aquí los términos en que La France habla del nuevo manifiesto imperial anunciado por los telegramas de París:

«Creemos saber que el folleto de que se ha hablado y que se atribuye á una elevada inspiración, aparecerá en breve.

Los ministros, los miembros del Consejo privado y varios personajes políticos recibirán muy pronto comunicación de él.

Según informes que hemos adquirido, este trabajo tendrá por objeto reseñar los títulos de la dinastía napoleónica, y en efecto, bajo esta denominación será publicado.

Los plebiscitos que fundaron el imperio, las manifestaciones del sufragio universal, los grandes actos que han señalado y caracterizado la política imperial, todo será en él registrado y expuesto.

El folleto termina, á lo que parece, con consideraciones sobre la situación política actual.»

La Situation da una porción de noticias de importancia. Insistiendo en la proximidad de levantamientos en Oriente, afirma que la Turquía establece un gran campamento militar en las fronteras del Montenegro, la Servia y la Albania. Pasando de esto á la situación de Alemania, afirma que la fortaleza de Ulm será bien pronto ocupada por los prusianos, cuyos generales van además á mandar los ejércitos de Sajonia y de Wurtemberg. En cambio, el temor á la alianza ruso-prusiana ha hecho que los húngaros voten los créditos pedidos para la marina y el ejército de Austria. Rusia espera cuatrocientos mil fusiles de los Estados Unidos de América.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 49 DE MARZO DE 1868.

LA TEOLOGIA.

Nuestros lectores habrán observado cómo en pocos días hemos tenido que copiar varios artículos enteros de la *Suma teológica* de Santo Tomás de Aquino para completar los textos que otros periódicos daban truncados, y contradecir la doctrina que en los textos truncados y mal traducidos pretendían establecer. Esto prueba una vez más la necesidad del estudio de la Sagrada Teología para tratar con rectitud y conveniencia hasta las cuestiones políticas, que más ajenas parecen á la reina de las ciencias.

Se ha observado ya más de una vez que en el fondo de toda cuestión científica hay una cuestión teológica; y esta observación, que á primera vista puede parecer paradójica ó exagerada, encierra una gran verdad y un sentido profundamente filosófico.

La Teología es la ciencia de Dios; pero como Dios nuestro Señor no es un ser inerte, separado del mundo y de las criaturas, sino su criador, su gobernador, su juez, su dueño absoluto, en una palabra, su principio y su fin, el teólogo, para estudiar á Dios, debe estudiar las obras de sus manos, gobernadas y dirigidas por su sapientísima Providencia. Basta leer el índice de las cuestiones que componen la *Suma teológica*, para ver que ninguna cuestión fundamental de la ciencia, en su más lata y elevada acepción, se escapa á la mirada del teólogo.

La revelación de Dios al hombre no se ha limitado ni podía limitarse para lograr sus fines al sublime y conciso *Ego sum qui sum*: Dios ha manifestado además por revelación sobrenatural y cierta las relaciones del hombre con él, la creación de los primeros padres del linaje humano, su naturaleza primera y después de dañada por el pecado, su fin altísimo, los medios con que puede alcanzarlo y los actos que debe obrar para merecerlo, lo moral y lo inmoral, lo justo y lo injusto. Siendo el hombre como el intermediario entre las demas criaturas y el Criador, debe conocer la naturaleza y el fin de cada una, en cuanto él ha de responder de su uso y cooperar al orden general, poniendo y conservando á cada una en su propio lugar; y este conocimiento se lo dió también por medio de la revelación.

De manera que esta enseña todo lo que al hombre le es necesario saber con certidumbre acerca de Dios, de sí mismo y de las demas cosas criadas; resultando de ahí que la raíz de todas las ciencias y la parte de ellas relacionada con los altos destinos de la criatura racional se hallan en la teología. De ella arrancan las ciencias como las ramas salen del tronco, como los hilos telegráficos salen del despacho central, como los rayos de luz y de saludable calor emanan de su foco. Después, en su curso y en las manifestaciones de su lento y progresivo desenvolvimiento, que no tocan á la moralidad ni afectan á la consecución del fin supremo, Dios ha dejado el mundo á las disputas de los hombres, y estos ejercitan el entendimiento noblemente mientras en sus disquisiciones no corten las ramas de tronco ni pierdan de vista el punto fijo y luminoso de la revelación, ó sea de la teología.

No es posible en ningún ramo de las ciencias humanas, llevar el estudio de sus cuestiones hasta el fondo sin encontrarse en último término con la ciencia sagrada.

El político que discurre acerca de la mejor forma de gobierno para las naciones constituidas ó que puedan en adelante constituirse, de los sistemas más expeditos y provechosos para administrarlos y de los derechos y relaciones sociales, encuentra al fin limitado el paso por la naturaleza real del hombre y de la sociedad que es como es, como Dios la ha hecho, sin que el filósofo ó estadista pueda cambiarla para acomodarla á sus teorías. Si en su estudio é ingeniosas combinaciones ha tenido solamente á la vista un hombre fantástico ó una somnolencia será publicado.

ciudad imaginaria, todo su trabajo será miserablemente perdido. El teólogo podrá contestar á sus discursos: todo lo que decís prueba gran talento y demuestra un trabajo admirable; pero no sirve para la sociedad actual, hecha por Dios y explicada por la teología; si antes de perder las noches en vuestras elucubraciones hubiérais preguntado á un teólogo lo que son el hombre y la sociedad, vuestras vigilias serian gloriosas y utilísimas.

Ancho es tambien el campo que el legista y el jurisconsulto pueden recorrer; pero ese campo no es infinito. Despues de haber discurrido con mayor ó menor acierto sobre las cuestiones que son objeto principal de su estudio, hallan á la teología que les dice: esto pase, porque es conforme á los principios de justicia; esto no puede admitirse, ni ponerse en práctica, porque es inmoral.

El alma del hombre, con sus facultades y aptitudes, no es más que una; su naturaleza es fija, determinada, real, verdadera; ni puede proceder de otro principio que aquel de que realmente emana, ni apropiarse un fin distinto del que Dios le señaló. El filósofo puede conocer y explicar con más ó menos perfeccion estos puntos; pero no puede hacer que cada cosa no sea lo que es.

Si los filósofos que no consultaron la Teología, hubiesen tenido la facultad de crear como la de imaginar, ¡cuántos linajes de hombres se habrían dado á luz en los últimos cien años! Pero esa muchedumbre de sistemas desde los de Locke y Condillac hasta los más recientes, han pasado y desaparecido como nubes sin agua, que no dejan rastro en el cielo ni en la tierra: levantados con singular arrogancia y admirados un instante por el vulgo impresionable que, á manera de los niños, aplaude y palmea al oír cualquiera cosa nueva, se deshicieron como burbuja de jabón, en cuanto el teólogo se apoderó de ellos, manifestando con la sencillez, pero cierta espresion de la verdad, la vanidad de aquellas apariencias.

Una cosa análoga sucede en las demás ciencias, siempre que quien las profesa no se para en los umbrales, ni se contenta con los primeros rudimentos. Ciertamente para saber cuántas especies contó Cuvier en su reino animal, en qué se distingue de su clasificación la de Milne-Edwards, cuál es el fundamento del método de Jussieu ó del de De-Candolle, qué se entiende por caracteres físicos y químicos en las mineras, etc., no se necesita ser teólogo; pero en tratándose de precisar la idea de especie, su origen y perpetuidad, los límites entre lo racional é irracional, lo sensible é insensible, etc., sale al encuentro la Teología, y con su divina enseñanza alumbrada estas profundidades de la ciencia, en las cuales no es posible la experiencia, ni la observación más perspicaz puede ver claro, y guía al sabio con seguridad. Mas si este rehúsa el concurso del teólogo, salen al sol de la publicidad teorías que no podrán ser más que teorías, nunca realidades, como la de las creaciones espontáneas, el progreso específico del mineral á la planta, de la planta al molusco, y del molusco, pasando por cien y cien gradaciones intermedias, hasta el hombre actual y lo que está por venir.

La ciencia divorciada de la teología ha proclamado tantos absurdos, que creeríamos que no podía decir más, á no ver que cada día los saca nuevos, al menos en el ropaje y forma exterior. En política y en derecho son producto suyo tantos sistemas socialistas desde el contrato social hasta el mormonismo, el cesarismo tiránico, la demagogia anárquica, la propiedad es el robo; en filosofía.... ¿quién podrá enumerar los sistemas que cuenta su historia?

Parécenos que alguien nos pregunta: ¿qué objeto tienen estas consideraciones? ¿á qué conducen? ¿pretendeis que la teología forme parte de todas las carreras? No, pero si que la teología sea respetada como ciencia de Dios, que se la consulte, y que se fomenta su estudio, dándole la consideración debida. Es un hecho indudable, puesto de realce en cada página de la historia cristiana, que la teología ha sido en todo orden de ideas el muro contra el cual se han estrellado las olas del error y ha salvado la ciencia verdadera, deteniendo su movimiento siempre que estuvo á punto de caer en el abismo, la luz que le ha enseñado el camino recto y librado de mortales tropiezos. Un buen teólogo acaso ignore los lados de un pentágono, y si el muricélagos es ave ó mamífero; pero posee la clave de las grandes cuestiones que forman el fondo misterioso de las ciencias, la fuente de la sávia que las vivifica y el foco de luz que las ilumina y aclara. El teólogo contempla respetuoso y admirado al sabio que, con paciencia infatigable, cuenta los dientes del animal, los pétalos de la flor, ó pesa los átomos de la piedra, y hasta guarda silencio para no distraerle en sus investigaciones; pero si el sabio, soltando el objeto material que examina, y saliendo de la esfera de la observación y experiencia, quiere remontarse á las causas superiores, describir objetos á que no alcanza su vista y formular relaciones caprichosas, entonces el teólogo le dice para su bien y con derecho: *alto ahí*, conservando incólume á la religión y la ciencia. Un teólogo ignorará por ventura las trámites que ha de seguir un expediente, pero solamente él juzgará con seguridad, si es justo lo que se combate ó se pretende.

Es, pues, objeto principal de este artículo, manifestar la conveniencia de ayudar á los Prelados con los medios necesarios que algunos tratan de escatimarles, á vigorizar y ampliar los

estudios teológicos, madre fecunda y fuente perenne de bienes para la sociedad y para la ciencia. Sirve además este artículo para desahogar la pena con que vemos la arrogancia con que cualquiera se cree apto para tratar las cuestiones sagradas y delicadísimas de la Teología.

¡Cuántos errores se publican diariamente y se propagan entre las últimas clases sociales con mengua de la ciencia y grave daño de las almas, emitidos muchas veces sin intención de errar, solo por la falta de preparación teológica en el escritor y en los que los leen!

Hasta obras por otra parte bien escritas y elaboradas con propósitos excelentes, se resentien de la pobreza de conocimientos teológicos, careciendo de aquel vigor y precisión que son fruto únicamente de la clara percepción de las ideas. Aun por esto mismo se combate á veces el error con cierta vaga superficialidad que pudiera hacer sospechar falta de razon en donde solo hay falta de estudios bien dirigidos.

Y sin embargo, si á alguno de tantos doctores superficiales y ligeros se le habla de una persona respetable que á fuerza de talento y aplicación, ha llegado á merecer el nombre de teólogo, vereis que como si este título no costara ni valiera nada, como si la teología no fuese la ciencia de la Religión y la ciencia social en su sentido más trascendental é importante; se encoge de hombros diciendo con tono desdenoso: «¡Ah, si, es un teólogo!» Algunos de tal manera hacen esta exclamación, aun tratándose de eclesiásticos y de prelados respetables, que parece que para ellos la Iglesia es simplemente una administracion estadística, que ya nada tiene que ver con las ideas, con el dogma y con la moral.

Cuando el espíritu católico estaba más infiltrado en la sociedad é informaba todas sus instituciones, los doctos en cualquier ramo del saber humano, los padres de la ciencia actual, los grandes descubridores llamaban á la teología *ciencia señora*, y le guardaban la consideración que por su objeto, por su naturaleza, por su universalidad y por otros muchos títulos le es debida.

Las consecuencias de haber antepuesto otros estudios al de la teología, de preferir un buen hablador ó un buen práctico en expedientes á un buen teólogo, á la vista están y no es necesario manifestarlas.

F. DE ASIS AGUILAR.

Nuestros lectores creieran sin duda que, después del *jamás* de Rouher, Francia sería la protectora decidida de la Santa Sede contra los ataques de la demagogia italiana. Nosotros tambien lo creíamos así, y al ver la efervescencia de la nacion francesa y la actitud del Cuerpo legislativo, mientras el Gobierno imperial no fué explicito en declarar cuál sería su política en la cuestión romana, presumiamos, como regularmente presumian nuestros lectores, que el Gabinete de París estaba más interesado que nadie en no amenguar la extension y energia de sus declaraciones, y en no defraudar las justas esperanzas que aquellas habian infundido en todos los católicos en general y en particular en los católicos de Francia. Es más; hoy abrigamos el convencimiento de que el Gobierno francés, accediendo á los deseos de la inmensa mayoría de Francia, insistirá en llevar adelante sus compromisos, y que, á favor de gratuitas interpretaciones y de extemporáneos é improcedentes *distingos*, no querrá hacer condicionales, compromisos que, para el Imperio y para el mundo todo, se contrajeron de un modo absoluto, y limitadas á este ó al otro caso, las seguridades que sin restricción ninguna dió de que *jamás* los *italianisimos* irían á Roma.

Que por algunos periódicos de Europa hayan circulado noticias que echaban por tierra nuestras presunciones; que el telégrafo haya tenido alguna vez el atrevimiento de presagiar acontecimientos que nadie esperaba; que los correspondientes de este ó el otro periódico hayan anunciado que por tal y tal capital circulaban rumores alarmantes para todo buen católico; que diarios franceses calificadas por las gentes de oficiosos, de acérrimos defensores de la política del actual Gobierno imperial hayan desmentido aquellas noticias y rechazado lo demás con estas ó las otras reservas, con más ó menos ambigüedad; nada ha sido bastante para arrancarnos la dulce convicción de que Francia no daría un paso atrás en la cuestión romana. Los desengaños por la nacion vecina sufridos en Italia desde que se hizo la *unidad*; los peligros á que á la Santa Sede expone la interpretación que los *italianisimos* han dado al convenio de 15 de Setiembre; las relaciones que actualmente existen entre los Gobiernos francés y pontificio, y la precision en que el primero está, si ha de satisfacer sus deseos, de no perder la popularidad, que con su memorable *jamás* adquirió, en visperas tal vez de una guerra europea, y ahora sobre todo que, según cree saber la *France*, va á publicarse en París un folleto, debido á una *elevada inspiración*, arresando los títulos de la dinastía napoleónica, nos parecían y nos parecen aun motivos sumamente poderosos para confiar en la política de la corte de las Tullerías.

¿Cómo, teniendo en cuenta todas estas consideraciones, creer que el Gabinete del Emperador Napoleón podría transigir con Italia y restringir el *velo*, que tan solemnemente le puso en la cuestión romana á las invasiones exteriores en los Estados Pontificios? ¿Cómo, sin prescindir de ellas, suponer que el Gobierno francés consentiría en otro tratado la interpretación que el ministerio de Florencia, á pesar de las protestas del primero, ha dado teórica y

prácticamente al convenio de Setiembre, y autorizará de un modo más ó menos explícito el empleo de los *medios morales* para que la demagogia italiana procure ir á Roma?

La *Liberté*, sin embargo, publica una carta especial que á este periódico escribe su correspondiente en Roma, y aunque hasta ahora no hemos hablado de este asunto, no obstante las indicaciones que acerca de él hemos visto en telegramas, correspondencias y periódicos, no podemos menos de hacernos cargo del contenido de dicha carta, y por más que nos sea doloroso, relacionarlo con algun otro suceso, siquiera para que nuestros lectores no ignoren lo que acerca del asunto se dice y escribe.

El correspondiente del periódico de Emilio de Girardin asegura que los gobiernos italiano y francés firmarán muy pronto, ante la perspectiva de una guerra europea, un nuevo convenio semejante al de 15 de Setiembre.

En este tratado, según el mismo correspondiente, Francia se comprometerá á garantizar la unidad italiana contra la reaccion y restauracion legitimistas que se temen, y á proteger los Estados Pontificios contra invasiones exteriores solamente. Italia, por su parte, se obligará á ponerse del lado de Francia en el caso de una conflagración europea.

Y todo esto escribe el correspondiente de *La Liberté*, afirmando que lo sabe por muy buen conducto y que probablemente se confirmará dentro de poco de un modo oficial, censurando acremente la conducta de los periódicos oficiosos del gabinete de París, que, sabiéndolo todo, se esfuerzan, por móviles poco decorosos y dignos, en defraudar á la opinion pública propagando y sosteniendo, como sucede en toda clase de cuestiones, lo contrario de lo que deben propagar y sostener, y añadiendo por último que esta concesión no satisface al partido de accion italiano porque quiere apoderarse pronto de Roma y por que, para apoderarse por el empleo de los *medios morales* que susciten una revolucion interior que triunfe del heroico ejército pontificio, necesitan proceder con calma y el auxilio del tiempo.

¿Qué hay de cierto en lo que con tanta seguridad anuncia el correspondiente de *La Liberté*? ¿Tendremos el desconuelo de vernos obligados á desear la grata opinion que hasta ahora hemos alimentado y que alimentamos aun? ¿Faltará el gobierno imperial á lo que esperan de él todos los católicos y la inmensa mayoría de Francia? ¿Puede suponerse que el gabinete de las Tullerías abrirá el callejón que se indica á los *italianisimos*? Preguntas son estas á las cuales no sabemos qué secreto impulso ó qué noble deseo nos inclina á contestar negativamente; pero como con la carta que las ocasiona coincide la circunstancia de que el diputado italiano Ferraris atribuyera en el Parlamento florentino todo lo que es y todo lo que puede ser el nuevo *reino* á la influencia de las Tullerías; y como las interrogaciones y afirmaciones que hizo fueron escuchadas con respetuoso y atento silencio, siendo así que hace poco tiempo, después de la rota de Mentana, todo lo que oía á francés inspiraba demostraciones que no son para reproducidas, no extrañará á nadie que las noticias del correspondiente de *La Liberté*, más ciertamente por el tono en que están escritas, que por lo que en sí son, sin destruir en nosotros la persuasión en que vivimos, nos coloquen en situación expectante y nos infundan el temor de que podemos equivocarnos. ¡Se ven tales cosas en la política! Ese tiempo no lejano á que se refiere el correspondiente de *La Liberté* aclarará los misterios. Suspendamos nuestro juicio y aguardemos; pero consignemos aquí, para concluir nuestro artículo, lo que nadie está más interesado que el gobierno francés en que sean inexactas las noticias que hemos trascrito y que nadie ganará tanto como él en que aquellas no lleguen á confirmarse y en que por consecuencia sea una verdad práctica el *jamás* de Rouher.

El que hace un cesto hace ciento. Recuerde *El Universal* este refrán, porque le viene como de molde.

Días pasados le dijimos que no sería extraño que se descolgara un día censurando el folleto sobre *Obligaciones eclesiásticas* sin haberlo leído. Pues hoy rechaza esta nuestra suposición, considerándola como una idea que sin ton ni son se nos ha metido en la cabeza.

¡Ahí verá Vd.! Como de estas ideas se nos ponen tantas en la cabeza y luego se cumplen! Hablamos ligeramente del doctor Letamendi, supusimos que *El Universal* tomaría cartas en el asunto, y en efecto, *El Universal* comenzó á dar palos de ciego sobre el doctor Letamendi, sin tener de él más noticia que la que brevemente dábamos nosotros.

Hízolo entonces: puede hacerlo hoy: nos asalta la sospecha de que lo hará, ¡y *El Universal* se enfada!

Vaya; fuerza es que le repitamos otra vez el refrán para que calme sus nervios. El que hace un cesto hace ciento, amigo *Universal*.

El mismo periódico dice en otra parte lo siguiente:

«Teniendo en cuenta el modo de discurrir de *EL PENSAMIENTO*, le hacemos la justicia de creer que no ha leído ninguna de las obras condenadas por la Iglesia. Pero no habiéndolas leído, lo cual es seguro, en atención á la razon expuesta, ¿cómo consiste que las juzga y las censura? Si no las ha leído, ¿cómo habla de ellas? y si habla de ellas, ¿cómo no las ha leído? Nos tiene profundamente pensativos esta cuestión.»

Pues vamos á sacar á *El Universal* de sus cavilaciones para que vea que somos gente muy amable y cortés, aunque *El Universal* crea lo contrario de los *neos*.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL ha leído bastantes obras malas antes de ser condenadas por la Iglesia; ha leído tambien algunas despues de condenadas, porque puede hacerlo: ha censurado las primeras varias veces, porque suelen ser tan rematadamente malas por lo comun, que basta una pequeña dosis de entendimiento y un recto sentido católico para conocer que son detestables, aunque no se tenga autoridad para condenarlas. Pero ni esto siquiera es menester para que *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* combata ciertas obras y ciertos escritos; porque *EL PENSAMIENTO* se escuda con la autoridad de la Iglesia, y haciéndose eco fiel de las determinaciones de esta infalible Maestra, advierte á sus lectores del peligro que corren con el manejo de tales ó cuales libros y anuncia á los que lo ignoran cuáles son las opiniones de la Iglesia acerca de semejantes obras. Y esto no lo hace por pura oficiosidad, sino en cumplimiento de un deber, porque todo católico y singularmente los escritores están obligados á defender á la Iglesia, á extender sus doctrinas y á propagar sus juicios y sus sentencias.

¿Está satisfecho *El Universal*? Pues siga preguntando, que aquí estamos nosotros para contestarle.

Copia un periódico lo que digimos acerca de la falta de monumentos levantados á la memoria de Cisneros, Isabel la Católica, Felipe II, etc., y añade que todos ellos florecieron en los siglos de las artes y ninguno, sin embargo, pensó en levantar estatuas á sus antecesores en la época de las estatuas, y que si hoy las tienen Felipe III y Felipe IV, si hay un monumento al *Dos de Mayo* es porque hoy se hace más justicia que en otros tiempos. Esto á lo menos da á entender el periódico aludido.

En aquella época de las artes no se acostumbraba á levantar monumentos á los hombres porque estos tenían bastante buen sentido y harda humildad y elevación de ideas para no consagrar sus maravillas artísticas sino á la Divinidad. Diganlo el Escorial y tantos otros monumentos religiosos de aquellas épocas. Esto consistía no sólo en la piedad de nuestros antepasados; pero además en que era tal su grandeza que por encima de ellos no veían sino á Dios. Puede decirse que entonces habia una igualdad de géñios, como hoy hay una igualdad de medianías. Todos los hombres se conceptuaban iguales en valor y en talento. Por eso detrás de un Colón iba un Hernán Cortés, detrás de un Hernán Cortés un Pizarro y detrás de estos iba una muchedumbre de soldados que se sentía con brios y aliento para dar cima á las más altas empresas, no imaginadas siquiera por los héroes de la antigüedad. Detrás del conquistador de Orán vino el vencedor de Pavía, vino el de Lepanto, vino el de San Quintín, como detrás de Lope, vino Calderón y vinieron Tirso, Moreto, Alarcón y otros mil que viven en la memoria de todos los buenos españoles. ¿Qué estatuas habian de levantarse unos á otros? Cuando hierve la emulacion del géñio, ó mejor dicho, cuando el géñio está en la atmósfera, sobran estatuas y monumentos, porque no hay más monumentos que las obras que cada cual arroja á la admiracion de sus semejantes.

Solo en las épocas de decadencia se levantan estatuas á los hombres. La deificación del hombre ha coincidido siempre con su degradacion. En la vergonzosa época del imperio romano comenzaron á levantarse altares á los héroes y á los emperadores: en tiempo de los Catones y los Brutos no se conocian las estatuas ni los altares sino para honrar á los dioses.

No se crea por esto que somos enemigos de que se erijan monumentos á la memoria de los grandes hombres; todo lo contrario; pero conste nuestra opinion de que tales monumentos suelen ser un sintoma de decadencia.

Las Novedades ha demostrado todo lo demostrable y algo más. Según aquel diario, queda demostrado el ningún criterio de los *neos*; queda demostrado que los remedios que pretenden enviar á los pueblos,—resucitando llagas antiguas—(esto no es castellano, pero es de *Las Novedades*)—son tan ineficaces como ridiculos; queda, en fin, demostrado que ese retroceso absurdo que predicán, que esas declamaciones hipócritas con que quieren alucinar á los incautos son armas de mala ley que podrán conseguirles algun triunfo parcial, pero nunca el que corresponde á las ideas salvadoras de la sociedad.

Todo esto, según *Las Novedades*, queda demostrado por *Las Novedades*. El juez y la parte no pueden estar más relacionados.

Al juez que así sentencia en causa propia, al crítico que así juzga de sus obras, vamos á hacerle una sencillísima pregunta: ¿se atreverá á sostener ante el tribunal de la lógica que ha demostrado uno solo de los puntos que indica?

Para demostrar que los *neos* no tienen criterio, es menester tenerlo. ¿Cuándo ni cómo ha demostrado *Las Novedades* que lo tiene? La primera demostracion que *Las Novedades* debe hacer es la demostracion de su propio criterio. Es así que los progresistas no conocen más criterio que el formulado en aquellas célebres frases: la voluntad nacional y la espada de Luchana; es así que esto no pueda llamarse criterio en ningún idioma del mundo, luego... Saque *Las Novedades* la consecuencia, ya que tanto le gustan las demostraciones.

Para demostrar que nuestros remedios son ineficaces y ridiculos, es indispensable conocer aquellos remedios, ó tener capacidad intelectual para penetrar su eficacia. ¿Nos ha demostrado

Las Novedades que tiene semejante capacidad? Este es el quid.

Nosotros hemos dicho: no hay más remedio para la sociedad que reconstruirla sobre el cimiento católico: este remedio no tiene, en primer término, á modificar formas y cambiar personas de gobierno: su principal objeto es limpiar la atmósfera de los miasmas protestantes que la infestan, ya en esta, ya en la otra forma, ya con uno, ya con otro nombre: el espíritu católico es lo único que puede lograr este fin. ¿Se ha molestado *Las Novedades* en demostrar qué es demostrar? en aparentar siquiera que demostraba lo erróneo de nuestras doctrinas?

No; la emprende contra nosotros llamándonos hipócritas, charlatanes, estudiantes de libros antiguos, declamadores, hombres de mala fé y otras cosas tan demostrativas como estas, y se queda tan satisfecho el periódico progresista como si se hubiera abonado once años de servicios, sin servir.

Confiese *Las Novedades* que para demostrar es necesario emplear menos palabras y más razones. Si no puede demostrar claramente lo que quiere, vágase de rodeos, que nunca faltan al ingenio del escritor: si no encuentra estos rodeos, cállese, porque supone más discrecion el silencio oportuno que la charla insustancial.

Hemos dicho que *Las Novedades* no tenia criterio. Confesamos nuestra equivocacion y nos apresuramos á rectificarla, copiando estas palabras con que termina hoy su primer artículo de fondo:

«Pues bien; nuestro criterio respecto de ciertas materias, sobre todo en actos, es ese. Tenemos por bueno aquello que se establece de tal modo que nada tiene que temer de un cambio de gobierno ó de política. Tenemos por malo aquello que todos saben, así amigos como adversarios, que ha de durar lo que durare una política ó una situación.»

¿Qué elevacion por una parte! ¡qué profundidad por otra! ¡qué latitud por todas! Es bueno aquello que se establece de tal modo, que nada tiene que temer de un cambio de gobierno ó de política. Es así que el catolicismo tiene que temer de un cambio de gobierno ó de política buenos en un gobierno ó política malos, luego el catolicismo no es bueno. De otra manera: es así que el progresismo tiene mucho que temer de un cambio de política en sentido reaccionario, luego el progresismo es malo. ¿Qué criterio tan sublime!

Es malo aquello que ha de durar solo lo que durare una política ó una situación... Se nos está escapando una consecuencia por los puntos de la pluma, que á duras penas podemos contener. Nos contentamos con recordar á *Las Novedades*, que gran parte de lo que han hecho los progresistas ha durado lo que duró su política. Con que deduzca, con arreglo á su criterio, la conclusion que se desprende de este hecho.

En Valladolid ha terminado el alistamiento de los, 333 individuos que componen la guardia rural.

Un periódico de Sevilla dice que se espera en aquella poblacion al señor conde de San Luis.

En la madrugada de ayer llegó á Valladolid el señor conde de Andreossi, guardia noble de Su Santidad, y acto continuo se dirigió al palacio arzobispal para entregar á su Emma, el señor arzobispo de aquella diócesis, el solideo encarnado que le remite Su Santidad, presentándole los documentos que acreditaban su honrosa mision. Su Eminentísima, rodeado de su señor hermano y de sus familiares, recibió en aquella hora esa preciosa insignia de su nueva y elevada dignidad.

El solideo iba dentro de una linda cajita de tafete encarnado, forrado de raso blanco por dentro y sobre la que estaban grabadas en oro las armas de Pio IX.

Anuncia un periódico que el Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago defenderá en el Senado el proyecto de ley sobre instruccion primaria.

Dícese que la reina de Portugal pasará por Madrid al trasladarse á Florencia.

Los periódicos progresistas nos dan la noticia de haber llegado á Barcelona catorce confinados políticos, y á Madrid D. Baldomero Moreno que estaba desterrado en Palma de Mallorca.

Hemos observado hoy con suma satisfaccion que las iglesias de esta corte han estado concurridas casi como en los años anteriores en que el día de San José era fiesta de guardar.

Tambien han sido varias las tiendas que se han cerrado, entre ellas todas las de carpintería.

El brigadier Llorente y el capitán de artillería conde de Mirasol, han sido designados por el Gobierno para ir á Abisinia con el objeto de estudiar aquella campaña.

Se ha dispuesto que formen parte de las juntas de Obras públicas los jefes de las divisiones de ferro-carriles é hidrologías.

D. Fausto Miranda, antiguo procurador del Tribunal de Comercio de Madrid, hablará contra el art. 2.º del proyecto de reforma de Tribunales.

Ha sido nombrado presidente de la comision de colonias el Sr. Bremon, y secretario el señor Cardóniga.

Dice un periódico que el Sr. Valdeperas, tesoro de la Real casa, ha hecho dimision del destino que venia desempeñando hace muchos años.

La suscripcion para alivio de las necesidades de Filipinas y Puerto Rico, asciende á 166.226.416 escudos.

